

Elena Fortún

# Celia en el colegio

Dibujos de Molina Gallent

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 1992

Cuarta edición: 2020

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsasuarez.com](http://www.elsasuarez.com)

Imágenes: Molina Gallent

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Herederos de Encarnación Aragoneses

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-997-4

Depósito legal: M. 10.991-2020

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# Celia en el colegio







*A Celia la han llevado a un colegio interna.*

*¡Celia era mala! Aquellas travesuras que tanto os han hecho reír, y que ella os ha contado en el libro Celia, lo que dice, eran maldades.*

*Ser mala es no adaptarse a las costumbres de los mayores.*

*Y, como habréis observado, nadie se lleva el gato de paseo, ni sube al borriquillo en el ascensor, ni suelta la ducha sobre el hermanito vestido, ni se pone a servir cuando tiene criados en su casa...*

*Por hacer todo esto, y otras muchas inconveniencias más, Celia ha entrado interna en un colegio de monjas que hay en un pueblo cerca de Madrid.*

*Nosotras, sus amigas, hemos prometido ir a verla todos los domingos, porque le hemos tomado cariño y no queremos dejarla sola con sus inquietudes.*

*¡Hoy es domingo! Vamos a verla en ese coche alegre que sale de la plaza Mayor y corre por la carretera amarilla entre sembrados.*

*¿Veis aquella casa grande con muchas ventanas? Pues esa casona triste es el colegio, y una de aquellas ventanitas estará sobre la cama de Celia...*

*«Tilín, tilín», hemos llamado. «Ave María Purísima», nos contesta desde dentro una voz gangosa, y nos pregunta a quién queremos ver...*

*«¡A Celia, a Celia! –gritamos todas sus amigas–. Queremos ver a Celia en el colegio.»*

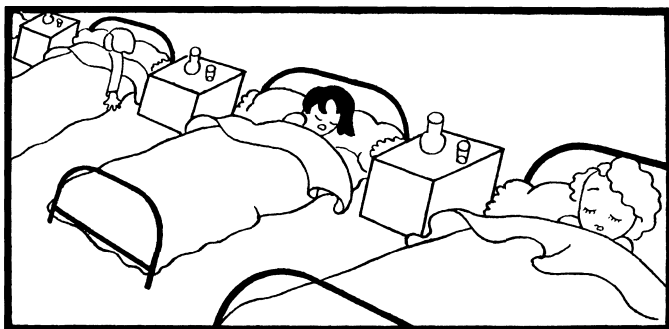
*Abre la puerta la hermana portera y entramos en la sala de paredes encaladas, donde esperan las visitas, y todo el mundo habla en silencio... Un grito...*

*Es Celia que aparece por la puerta del rincón vestida de colegiala, y que grita al vernos:*

*–¡Cuánto me alegro de que hayáis venido!...*



## Celia en el colegio



A vosotras os lo contaré todo... A papá no me he atrevido... ¡Está tan triste el pobrecito!

No hace más que una semana que estoy en el colegio, y creo que ha venido a verme más de veinte veces. Yo sólo lo he visto dos días, porque no lo han dejado entrar. ¡Estoy furiosa!

Habéis de saber que no tengo dormitorio para mí sola. Mi cama está en una sala grande, donde duermen muchas niñas, todas en fila. Yo creí que esto sería muy divertido, porque podríamos charlar y tirarnos las almohadas; pero ¡quia!, ¡ni me hacen caso! La madre dice: «¡Chist! ¡A callar, niña! ¡Estamos en el silencio mayor!».

Por la mañana, casi de noche, mientras dormimos todas, entra la madre Loreto, da tres palmadas y dice: «El ángel del Señor anunció a María», y todas se sientan en la cama y contestan: «Dios te salve, María...».

Esto está muy bien, y es muy bonito, pero a otra hora, no tan temprano... Por eso me hago la dormida y no contesto.

La madre me riñe mucho.

—Esto no puede seguir así. Usted está obligada a decir el Avemaría a la voz del Ángel.

—Yo no he oído decir nada al ángel; en cuanto le oiga contestaré...

—¡A callar! ¡Estamos en el silencio mayor!

—Bueno, ¿y cuándo es el silencio pequeño?

Después me he enterado que hay que estar en silencio todo el día, menos las horas de recreo, y que desde que nos acostamos hasta por la mañana, cuando oímos misa, no se puede hablar nada, nada. ¡Es horrible!

¡Y qué manía de quererlo saber todo!

Cuando estamos comiendo me dice la madre:

—Beba usted agua, que no la ha probado en toda la comida.

—No tengo sed.

—Sí tiene usted sed.

¿Cómo va a saber ella lo que me pasa a mí?

También se empeña en que coma sesos, que no me han gustado nunca.

—¡Pero si no me gustan!

—Sí le gustan... Nuestro Señor bebió hiel y vinagre en la hora bendita de su muerte.

—¡Pues sí que es una razón! ¡Si llevo yo a estar allí, menuda pedrada se ganan los que le dieron semejante porquería!

Además, aquí pasan unas cosas muy extrañas, que si papá las supiera se moría del susto. Tenemos un gallinero y un palomar; pero también tenemos un cuarto para las ratas.



Primero pensé que cuando criaban ratas sería para comérselas, y cada vez que veía carne en la mesa ¡me daba un asco!

Se lo pregunté a una niña:

–Dime: ¿esta carne es de las ratas?

–¡Anda, qué niña más tonta! ¿Cómo vamos a comer ratas?

–Entonces, ¿para qué las crían en el cuarto de abajo?

–No las crían..., es que viven allí.

–Bueno; pero ¿para qué las tienen?

–Pues porque cuando una niña es muy mala la encierran en el cuarto con ellas.

–¡Mira qué graciosas! ¡Vaya! Pues cuando lo sepa mi papá me saca de aquí.

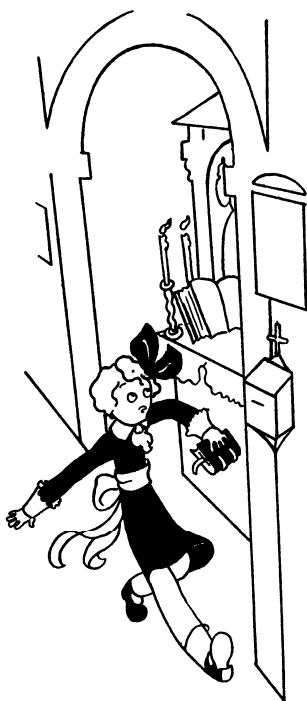
–Siendo buena no la encierran a una nunca... Sé buena tú.

Sí, pero yo no sé qué hay que hacer para ser buena. Cuando me mandaban en casa estar callada podía jugar con *Pirracas*... ¡Aquí tenemos tres gatos más antipáticos! ¡He querido atarlos juntos por el rabo, y si me descuido me sacan los ojos!

Sin embargo, no se está mal del todo en el convento. Hay muchas cosas bonitas.

Bajando, bajando siempre por unas escaleras, se llega a una cueva que es grande y oscura y está llena de cajones rotos. ¡Deben de pasar en ella cosas preciosas, como en los cuentos!

Oímos misa en el coro, que es un balcón muy grande con reja. La otra noche me mandaron allí a buscar el libro de la madre Bibiana, y vi la iglesia y la lamparilla del sagrario, y a todos los santos abriendo y cerrando los ojos... ¡Qué miedo! Me puse a temblar, pero quería verlos otra vez...



Hay una escalerita estrecha, que sube a la torre. Una niña que subió una vez me ha dicho que la torre es tan alta, que en la punta se le ha clavado una estrella reluciente.

En el jardín hay una puertecilla casi escondida que siempre está cerrada, y yo supongo que debe de dar a un palacio encantado... por una rendija he visto un jardín, y un pavo real que andaba arrastrando la cola por un paseo...

La madre San José, que sabe mucho más que doña Benita, me ha dicho que mientras dormimos, un ángel está con las alas abiertas mirándonos dormir, y que a la hora de comer los ángeles están de rodillas viéndonos.

Todas estas cosas son más bonitas que las que pasan en mi casa, y no quisiera irme hasta verlo todo... ¡Ay!, pero papá está muy triste. Hoy ha venido a verme muy temprano.

-Dime la verdad, hija mía: ¿estás contenta?

-Muy contenta.

-Te dejarán dormir todo lo que quieras, ¿verdad? ¿No te levantarás temprano?

-El ángel me llama, ¿sabes?

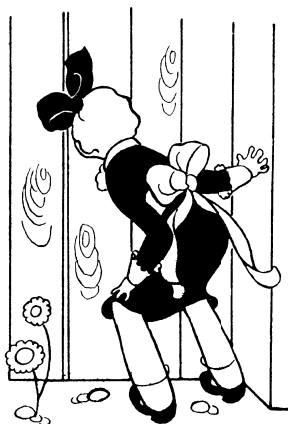
-¿Qué ángel? ¡Qué historias!... ¿Pero tú duermes lo que quieres? ¿Y qué comes?

-¡Ay, hijo, cosas muy buenas!

-Pero a ti hay muchas cosas que no te gustan, y no te las harán comer, me figuro yo...

-Sí, claro. La madre Loreto dice: «Si no te gustan los sesos, no los comas, rica», y me hacen arroz con leche.

-¡Muy bien! Pero mejor sería que te hicieran una sopa de avena, como tomabas en casa... ¿No pasarás miedo? ¿No andarás sola por estos pasillos tan largos?



–¡Quia! Una madre me lleva siempre de la mano...  
(¡Qué tonterías se le ocurren a papá!)

–No juegues con los gatos, no sea que te arañen...

–¡Pero si yo no hago caso de los gatos! Ya ves, hay un cuarto lleno de ratas y ni siquiera las he visto...

–¡Ratas! ¿No será para encerrar en ese cuarto a las niñas malas?

–¡No! ¡Las tienen para comérselas!...

–¡No es posible! ¡Ay, hija, me parece que tú no me lo dices todo!...

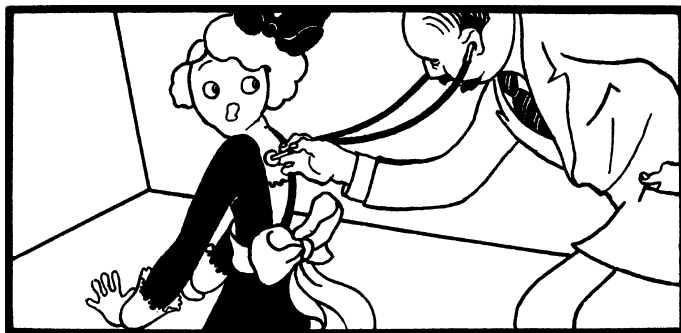
–¡Si estoy muy bien, papaíto! ¡Si estoy muy contenta! ¡Ya verás qué buena soy cuando vuelva a casa!

–Ya lo sé... Pero por ahora no puede ser... Eres tan loca, que mamá cree que vas a matar a Baby...

Yo no puedo consentir que papá esté disgustado, y estoy pensando en el modo de salir de aquí. Es muy fácil, si yo consigo que las madres no me quieran tener...



## Soy sonámbula



Un día me quejé de que me dolía la cabeza, y me hicieron acostar.

¡Cómo me aburría! Oía a las niñas jugar en el jardín, y yo en el dormitorio, medio a oscuras...

Me entretuve viendo en el techo unas sombras chiquititas que corrían de un lado para otro... Después se me olvidó que tenía que estar muy triste, y me puse a cantar:

*Yo soy la viudita  
del conde Laurel,  
que traigo las flores  
para San José.*

Porque aquí todas las canciones se cantan de otro modo de como son.

Pues en seguida vino una madre y dijo que no me dolía la cabeza, pero que en castigo de haberla engañado me pasaría el día en la cama.

También pensé que si tenía tos me mandarían a casa, y tosía siempre que me acordaba, hasta que vino el médico a verme.

Con unos cordones de goma me estuvo escuchando la espalda y el pecho, como si yo tuviera música por dentro. Creí que oía lo que estaba pensando...

—Médico, déjeme que escuche yo.

—Pero ¿qué te crees que se oye? ¿Te figuras que es la radio?

No me dejó oír, y dijo a la madre de la enfermería que era tos nerviosa.

Ahora tengo muchas amigas, pero a la que más quiero es a Pilarín. Me ha contado que antes también estaba en el colegio una hermana suya, pero que se la llevaron porque era sonámbula.

—¿Y qué es sonámbula?

—Levantarse por la noche de la cama.

—¿Nada más que eso?

—Nada más... las madres escribieron a casa y vinieron por mi hermana.

—¡Qué cosas! ¡Cómo iba yo a pensar...! ¿Y qué hacía?

—No sé. Mi hermana es más pequeña que yo, y siempre se ha levantado de noche... Ahora duerme en el cuarto de mamá...

¡Me puse más contenta! Ya sabía el modo de que escribieran a casa y de que vinieran por mí. ¡Estaba deseando que llegara la hora de acostarse!

¡Qué difícil es despertarse por la noche! Yo me duermo en cuanto me acuesto, y no me despierto hasta que la madre Loreto da las palmadas.

Volví al dormitorio y, como no sabía bien lo que había que hacer, me puse a dar saltos.

Entonces apareció sor Bibiana.

—¿Qué está usted haciendo?

–Saltar, porque está el suelo muy frío...

–Pero ¿está usted loca? ¡A la cama ahora mismo! Su ángel de la guarda está llorando...

–Pues que se calle... Yo soy sonámbula.

–Lo que es usted es tonta... ¡Virgen dulcísima, qué niña! Habrá que poner esto en conocimiento de la madre superiora.

Al día siguiente me llamó la madre y me riñó mucho. Que si soy una niña rebelde, que si doy mal ejemplo... Yo dije que era sonámbula, pero no me hizo caso... No me pareció que fuera a escribir a casa...

–Dime, Pilarín, ¿qué hacía tu hermana para que todos la creyeran?

–Yo no sé, ¿sabes?, porque nunca la he visto... Andaba por todas partes cuando todas dormíamos, y una noche creo que se tiró por la ventana...

–¡Huy! ¿Y estaba muy alto?

–No mucho... Fue aquí mismo...

–¡Bah! Pues eso también lo hago yo.

Y lo hice. Fue una noche que me desperté por casualidad.

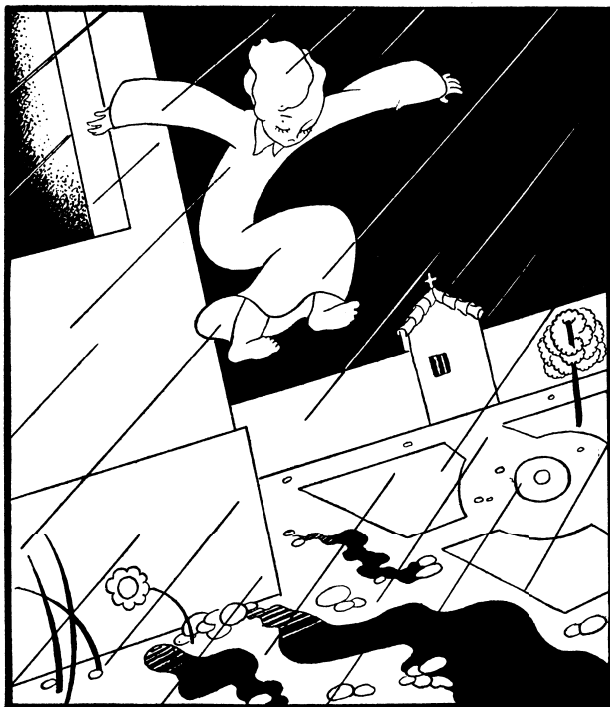
Siempre dejan una ventana entreabierta. Me subí a una silla, y de un salto, ¡pum!, al jardín.

¡Me hice un daño! Todas las piedras del paseo se me clavaron en los pies..., y además llovía. ¡Qué frío!

Nadie me había sentido, y quise volver a entrar, pero no pude. No tenía donde agarrarme, y la ventana estaba muy alta.

Entonces di la vuelta al convento y me senté en la puerta grande, debajo de la marquesina.

Allí no llovía, pero hacía mucho frío, y yo no tenía puesto más que el camisón. Me hice un ovillo y me puse a pensar en papá para entretener el frío.



¡Ya me podía agradecer lo que estaba haciendo! La verdad es que yo estoy cada día más contenta en el colegio. Tengo muchas amigas, todas me quieren, y hasta los sesos me van gustando...

Pero no podía más de frío, y volví al pie de la ventana. Para que me oyeran tiré una piedra, y acerté tan bien, que rompí un cristal.

Salió la madre Loreto.

—¿Quién ha sido? ¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Celia.

—¡Santo nombre de Dios! ¿Y qué hace usted en el jardín?



–Mojarme. ¿Qué voy a hacer?

–Pero, ¿por dónde ha salido?

–Por la ventana.

¡Y luego dicen que yo soy preguntona! La madre Loreto lo es mucho más que yo.

Abrieron las puertas y entré. Las niñas se despertaron, vinieron más madres, y yo, como no sabía qué decir, cerré los ojos y dije que estaba mala.

Ayer pasé el día en la cama, muy abrigada y con la madre San José sentada a mi lado.

–Cuéntamelo a mí todo, hija mía. ¿Es que te querías escapar?

–¡Quia! ¡Si estoy yo aquí muy contenta! Era para asustar a ustedes.

–Pues lo conseguiste... ¿Y qué te proponías con asustarnos?

–Soy sonámbula. Pilarín me ha dicho lo que hay que hacer para ser sonámbula, y ya lo soy... Es por mi papá, que está triste sin mí y no se atreve a sacarme del colegio, que por mí, no...

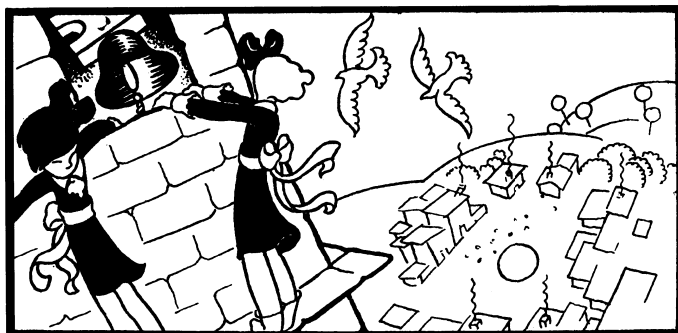
Y hoy, a la hora de la visita, ha venido papá muy contento y me ha dicho:

–Celilla, niña mía, ya sé que lo pasas aquí muy bien en el colegio, y yo me voy acostumbrando a venir a verte los domingos y ya no te echo de menos... Pero si tú quieres irte te llevo a casa ahora mismo...

–¿De veras, papaíto? Pues mira, yo no te lo quería decir porque no te pusieras triste, pero estoy más contenta que en casa y prefiero quedarme... ¡Si este colegio es como un libro de cuentos!



## La estrella en la torre



Papá y mamá me han venido a ver, y me han traído bombones. También ha venido Baby con el ama, y doña Benita, moquiteando y llenándome la cara de lágrimas.

Les he contado muchas cosas y se han reído mucho. Ahora parece que se enfadan menos conmigo y que me quieren más. El domingo pasado se enfadó un poco mamá, y fue porque el papá de Pilarín me dijo:

—Te voy a regalar una muñeca. ¿Te gustaría que se llamara Pepín o Lolita?

—Ya le pondré yo nombre...

—No; quiero decir si prefieres muñeco o muñeca.

—Pueden ser gemelos, ¿sabes? Como los que le han traído a la mamá de María Rosa.

Cuando se fue el señor, mamá dijo que yo seguía tan insufrible como siempre, pero papá se reía:

—¡Mujer, te vas a enfadar con la niña para media hora que vamos a estar con ella!

Y mamá se contentó; y todos, al marcharse, me dieron muchos besos, como si no hubiera pasado nada. ¡Yo no sé nunca lo que hay que decir, y se enfadan conmigo sin razón!

Con las niñas me divierto más... Me quieren mucho, y yo a ellas. En el recreo todas quieren estar conmigo para que les cuente cosas.

Pilarín es mi mejor amiga. Tiene un año menos que yo y estamos en la misma clase. Nos ayudamos a hacernos los análisis de Gramática y los problemas de Aritmética, que son muy difíciles.

Dice la madre, a lo mejor:

—Vamos a ver si sabes esto. Si tu papá te trae una muñeca, y tu mamá otra, y otra el abuelito, y otra una amiga, ¿cuántas muñecas tendrás?

—Cinco.

—No, tendrás cuatro. Fíjate bien. ¿Es que no sabes contar?

—Sí sé... ¡Pero como no tengo abuelito, y el papá de Pilarín me va a traer dos!...

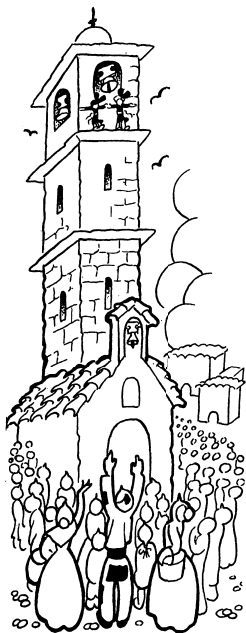
Nunca me salen bien los problemas con la madre, que es muy testaruda y se empeña en saberlo todo mejor que yo.

Estos días, Pilarín y yo no hablamos de otra cosa más que de esa estrella que por las noches se prende en la punta de la torre.

Yo nunca la he visto, porque ahora, como hace frío, no nos dejan salir al jardín de noche. Pilarín, que hace mucho tiempo que está en el colegio, la vio este verano, y dice que es preciosa.

—¿Pero no sabes que dice la madre Consolación que las estrellas son mundos?

—Sí lo sé... ¿Y qué importa?



—Es verdad. Será un mundo chiquitito, con personas como mi dedo meñique... ¡Qué bien! ¿Quieres que vayamos a verla?

Una tarde, después de mendrar, salimos a la iglesia por la puerta de la sacristía, y nos descalzamos para subir a la torre sin que nos sintieran.

Subimos, y subimos, y subimos...; no acabábamos de subir nunca. Nos asomamos a la calle por un agujero, pero aún faltaban escaleras para llegar arriba, y seguimos subiendo.

Muy arriba, por una ventana grande como una puerta, salimos fuera, a un reborde de piedra que tiene la torre, y nos pusimos a pasear, una detrás de la otra, dando vueltas alrededor.

Era muy gracioso y muy divertido. Abajo, abajo, se veían tejados y calles, y la plaza y los jardines donde está el colegio.

Y por arriba pasaban los pájaros que se iban a acostar, y nos daban con las alas en la cara, dando chillidos.

—¡Pilarín, ya no bajamos más al colegio!

—Eso, ¿y qué vamos a hacer aquí?

—Pues subirnos a la estrella cuando pase...

—No podremos... Será muy pequeña...

—¡Quia! Fíjate lo pequeña que parece la cruz desde abajo, y ya ves lo grande que es. La estrella es, lo menos lo menos, como un tranvía.

—¿Y qué haremos en ella?

—Irnos de viaje... Si todas las personas son chiquititas, nosotras seremos las reinas...

Hacia tanto viento, que no nos entendíamos y hablábamos a gritos. Pilarín se acercó para decirme al oído:

—¿Llevaremos corona?

—Y manto real, y una pelota de goma en la mano, y un palo para pegar a los que nos fastidien.

Nos fijamos en la plaza, y vimos mucha gente mirando hacia arriba.

—¿Qué miran?

—Estarán esperando que salga la estrella...

Nos empinamos para ver si estaba ya en el pico de la torre, donde Pilarín la había visto otras veces, pero casi nos sacamos los ojos de tanto mirar y no vimos nada.

Entre tanto la plaza se iba llenando de gente, toda embobada y mirando al cielo. Algunos levantaban los brazos y señalaban donde estábamos nosotras.

—Son unos papanatas. Yo he visto una vez mucha gente así porque el sol se nublaba... ¿Quieres que sigamos corriendo alrededor mientras viene la estrella?

Pero apenas habíamos empezado a correr, oímos gritos que subían de la plaza.

—¿Qué les pasa ahora?... ¿Será por nosotras por lo que están ahí? ¿Quieres que gritemos nosotras también?

Y chillamos mucho, mucho, con todas nuestras fuerzas. Después les sacamos la lengua y les hicimos morisquetas. Ya había más gente en la plaza que cuando hubo títeres.

Pilarín, que iba delante de mí, desapareció de pronto, y me puse a gritar:

—¡Pilarín! ¿Te has metido en la torre? No seas tonta, que ya está oscureciendo y va a llegar...